

## HISTORIA DE UNA *HISTORIA* Y EVOCACIÓN DE ÁNGEL VALBUENA PRAT

M<sup>a</sup> DEL PILAR PALOMO

ANTONIO PRIETO

Universidad Complutense de Madrid

### RESUMEN:

Ángel Valbuena Prat fue catedrático de la Universidad Complutense de Madrid desde 1963 hasta su jubilación, en 1970. En esos años llevó a cabo una labor muy activa como profesor e investigador, mientras las ediciones de su obra maestra, la *Historia de la literatura española*, seguían sucediéndose. A su muerte, los autores del artículo realizaron una última edición aumentada de esta magna obra. El ensayo recupera los recuerdos de aquellos años junto a un minucioso análisis de la evolución a lo largo de las diferentes ediciones y una valoración histórica y crítica de esta obra de Valbuena Prat.

### ABSTRACT:

Ángel Valbuena Prat was a professor of the University Complutense of Madrid from 1963 to his retirement in 1970. During those years he performed a very active role as a professor and researcher, whilst the editions of his masterpiece, *Historia de la literatura española*, kept succeeding each other. On his death, the authors of this paper produced a last enlarged edition of this great work. The essay regains the memories of those years together with a detailed analysis of the evolution throughout the different editions and a historic and critical assessment of this work by Valbuena Prat.

### PALABRAS CLAVE:

Valbuena Prat, Ángel. Historia literaria. Crítica literaria.

### KEYWORDS:

Valbuena Prat, Ángel. Literary History. Literary Criticism.

Como muchos de ustedes saben, mi marido, el profesor Antonio Prieto<sup>1</sup>, y yo fuimos compañeros de universidad, en la entonces Facultad de Filosofía y Letras, en los últimos años de vida académica de don Ángel Valbuena Prat. Traigo aquí, en su nombre y en el mío, el testimonio de aquellos años en que establecimos con él unos lazos de

---

1. El texto que ahora se imprime es la fusión de dos intervenciones orales en el homenaje a Ángel Valbuena Prat celebrado en Murcia y cuyas comunicaciones recoge el presente volumen. De ambas fue autora M<sup>a</sup> del Pilar Palomo, y esa oralidad aparece de continuo porque no ha querido enmascararse el tono de familiaridad evocadora que la presidió. Pero en ambas intervenciones, la palabra escrita de Antonio Prieto surgió de continuo y con amplitud. Por ello, al redactar definitivamente aquellas palabras -a las que sólo se le han añadido unas mínimas precisiones bibliográficas- los profesores Prieto y Palomo han querido que los nombres de ambos figuren al frente de ellas, como un homenaje conjunto, una vez más, a la memoria del maestro y amigo.

amistad y colaboración inolvidables. Con Prieto, don Ángel compartía la dirección de una prestigiosa e innovadora colección de ensayos de Lingüística y Crítica Literaria que agrupó nombres de la filología universal como Fubini, Todorov, Segre, Mancini, Sklovski, Hatzfeld, Pollman, Richthofen, Greimas y tantos otros que son hoy clásicos universales, junto a los de Alvar, Gallego Morell, Adrados, Luis Gil, García Berrio, Martín de Riquer, Simón Díaz, López-Estrada, Orozco o el del inolvidable amigo que fue Baquero Goyanes. Y, naturalmente, junto al propio de Valbuena Prat, que allí publicaría su volumen sobre *El teatro español en su Siglo de Oro* y cuyo nombre, al frente de la colección, abría, sin duda alguna, todas las puertas de la filología mundial.

En una inolvidable oposición, don Ángel había ganado en 1964 la cátedra de Madrid. Ante su firma se retiraron, obviamente, todos los posibles contrincantes, y don Ángel, ante un tribunal que presidía Camón Aznar, recibía continuas muestras de acatamiento y respeto. Por una ironía del destino, el cargo de secretario había recaído, por sorteo, en su joven colega murciano Baquero Goyanes que, con una inclinación de cabeza, decía al comenzar cada ejercicio: «Cuando usted quiera, don Ángel...». Allí demostró Valbuena lo ya demostrado en tantos años de docencia y reconocimiento unánimes, es decir, su saber y magisterio probados.

En una entrevista concedida a Martín Aguado en 1970 -año de su jubilación- declaraba Valbuena: «En mi vida he ganado cuatro oposiciones a Cátedra: La Laguna; Instituto Maragall, de la ciudad condal; Barcelona y Madrid. La cátedra de la Universidad de Murcia, donde estuve de 1943 a 1964, no la gané por oposición». [Martín Aguado, 1970]. Y silencio en esas palabras los motivos políticos del franquismo de su traslado a ella. Un silencio generoso e ironía velada, muy propios de él. Pero intuyo que también de agradecimiento a veinte años de bienestar en la universidad murciana. De hecho, en aquellos últimos años de convivencia académica y amistad personal siempre tuvo hacia esta universidad, cuando charlábamos, palabras que denotaban cariño y hasta nostalgia.

Porque la Complutense, en esos años que van de 1964 a 1970 era, no es casi ni necesario recordarlo, un semillero de violencia política, de desórdenes, enfrentamientos policiales y también, todo hay que decirlo, de enemistades de grupos académicos. Pero don Ángel, haciendo honor a su nombre, sobrevoló por encima de todo ello, como si unas invisibles alas fabricadas de generosidad y humanidad por su parte, y de afecto sincero por parte de los demás, le hubiesen elevado más allá del bien y del mal. «No logro entender muchas de las cosas que pasan en la universidad», confesó en la citada entrevista, añadiendo que, en todo caso, él, que jamás «se había metido en política», no creía que las «sentadas» o las «ocupaciones de Cátedra» fuesen el instrumento idóneo para solucionar problemas.

En realidad, en esos seis últimos años de docencia en la Complutense, creo que se sintió bastante ajeno y desplazado en aquel ambiente enrarecido y delirante en que los caballos de la policía entraban en el vestíbulo y resbalaban y caían sobre el mármol al

perseguir a los estudiantes que les apedreaban. Cuando se presentía un incidente grave, más de una vez los propios alumnos promotores del mismo sacaban del brazo a don Ángel por la puerta del bar, buscaban un taxi y lo mandaban a casa.

Y tal vez una parte de esos alumnos fuesen los mismos que el 16 de mayo de 1970 le tributaron el más hermoso homenaje de despedida que jamás he presenciado, en un acto celebrado en el Paraninfo de esa Facultad.

Pocos días después, el 27 de mayo, en el diario *Pueblo* aparecía un amplio reportaje con el título de «La jubilación del maestro» y un subtítulo: «Clamor juvenil en la despedida a Valbuena Prat». La reseña del acto ocupa toda la primera página del periódico y en ella, creo que por primera vez, Prieto [1970] escribe sobre Valbuena, trascendiendo la noticia para caminar por senderos de amistad:

Creo que conocí a Valbuena Prat por no saber geografía. Después, en la Facultad madrileña se lo recordé. En el ejercicio de redacción del viejo examen de estado nos pusieron de tema los ríos de España, y yo no sabía gran cosa de sus nacimientos y cursos, quizá porque entonces tenía el mar para bañarme. Así que recordé el verso manriqueño de «nuestras vidas son los ríos» y navegué por la literatura y no por la geografía. Mis ríos fueron a desembocar de este modo al catedrático de Literatura. No debía de ser ilícita mi navegación porque pasé al examen oral. Valbuena me recordó, y hablamos largamente de Safo, Lope y Esquilo.

Esto fue hace muchos años, en la Universidad de Murcia. El prestigio científico de Valbuena había crecido en mí a través de una antigua alumna, Celia Viñas, y mi desconocimiento geográfico me permitió conocer su dimensión humana. Yo era un número de matrícula, un anónimo alumno que, atendido por Valbuena, recibía su primera lección universitaria, no ya literaria, sino tan profundamente humana que fui su (para él desconocido) amigo. En esa amistad, aprendiendo soledades y enigmas, he cubierto junto a él sus últimos años académicos. Y por ello, he comenzado así estas líneas. Porque primero está el hombre.

Efectivamente, en su larga reseña Prieto escribió más del hombre que del homenaje que se le tributaba. Pero también del acto en sí, que constituye para mí un hermosísimo recuerdo no exento de melancolía porque, revisando estos días las fotos que conservo encuentro el rastro de bastantes amigos desaparecidos, aunque felizmente junto al de otros que, jubilados o no, seguimos en la brecha: Lapesa, Simón, Fradejas, Ruiz Elvira, José Luis Varela, Emilio Lorenzo... Y tantos otros, junto a jovencísimos rostros que hoy forman parte del claustro de profesores de la Universidad española, entonces alumnos de don Ángel o profesores que iniciaban su carrera docente. El acto -se decía en el periódico- «fue algo sencillamente hermoso», con una total entrega y participación de alumnos que, en plena comunión universitaria, se reunieron luego con los profesores en una informal comida en el bar de la Facultad. Ver a don Rafael Lapesa cantando *Clavelitos*... sigue siendo para mí un espectáculo inaudito.

En aquella Facultad sujeta a presiones políticas, con un Paraninfo o salón de actos dismantelado para impedir reuniones consideradas subversivas, con agentes de la social disfrazados de alumnos en las aulas -alguno llegó a realizar la carrera, aprovechando la

oportunidad-, con un control policial sobre nuestras cabezas, aquella explosión de libertad universitaria en honor de un profesor no precisamente franquista fue, en frase de Lapesa «una ventana abierta por la que penetró, durante unas horas, un soplo de aire limpio y fresco».

El acto contó, naturalmente, con la inicial prohibición gubernamental y, para lograr el permiso, hubimos de asumir los profesores coordinadores del mismo, por escrito, la responsabilidad de lo que pudiera suceder en él, y Sánchez-Castañer, recién elegido Decano, casi se juega el cargo al ordenar que se colocaran de nuevo los sillones desarmados de aquel Paraninfo clausurado.

Pero los muchachos fueron los auténticos protagonistas. Sabían que don Ángel había montado en Barcelona, recién ganada su cátedra en aquella Universidad, el auto sacramental de Calderón *El gran mercado del mundo* y eligieron el mismo texto para despedir a su profesor. Los ensayos duraron un par de meses y yo hube de asistir a todos, como representante del profesorado, para que las reuniones no pudieran ser clasificadas como clandestinas y, en consecuencia, prohibidas. (Es entrañable hoy, para mí, contemplar en sus disfraces a algunos de aquellos actores aficionados -Ana Flores, Jesús Valverde ...- y verlos hoy sentados en su puesto de profesores de la Complutense.)

Pero no fue la única representación. Porque dos de los alumnos compusieron un debate poético, *El profesor escarmentado*, que leyeron públicamente. Hicieron dos copias, con ilustraciones, que entregaron a don Ángel y a mí misma. La mía, como extravagante trabajo de curso que, naturalmente, fue aceptado como tal. En el texto se enfrentan dos personajes: la Dignidad y la Ambición, y termina, como era de esperar, con el triunfo dialéctico de la Dignidad. Y quiero ahora recordar sus cuatro últimos versos porque aluden a una cadena vital que se cerraba en 1970, pero que siento que se cierra, realmente, en el acto que hoy nos reúne aquí:

Anillo de una cadena  
ahora aquí se ha clausurado:  
profesor no escarmentado  
querido señor Valbuena.

También Prieto evocaría este texto en la nostálgica despedida de 1977, cuando escribió un artículo titulado «Hasta mañana, don Ángel», días después de su muerte:

¿Recuerdas? Era un arqueólogo del año 5227 que encontró los fragmentos de una obra en la que intervenían, a modo de los autos sacramentales, dos personajes [...]. Estabas en primera fila, sonriente y emocionado, escuchando la alegría de una juventud que te proclamaba. Y esa juventud, que representaba fragmentos de tu vida para la memoria, comprendía la lección de tu obra literaria, porque comprendía tu vida, tu no escarmentar en la miseria o la ambición, para seguir siendo profundamente humano, generosamente humano.

Estas son las razones, profundamente humanas y no académicas, que nos obligaron a aceptar a Prieto y a mí, el encargo de Gustavo Gili de preparar de nuevo, para su reimpresión de 1981, una nueva andadura de la *Historia de la Literatura Española*. El trabajo fue largo y, en lo referente a las últimas promociones literarias, muy complejo. Pero teníamos con don Ángel una deuda de gratitud. Fue amigo y maestro. Y fue para nosotros, para todos nosotros, los profesores y alumnos de la Complutense, un ejemplo viviente de sensibilidad crítica, de saber inmenso y de increíble calidad humana. Cuando nos hablaba de la vieja universidad madrileña que él conoció en los años 20, nos decía que era un mundo «pintoresco y bohemio». Nos contaba cómo Unamuno venía de Salamanca para participar en los tribunales de oposiciones y los hombres que limpiaban las vías del tranvía se quitaban la gorra y gritaban su nombre cuando salía del viejo edificio de la calle de San Bernardo. Un mundo «pintoresco y bohemio», sí, pero rebo-sando humanidad y ciencia donde la palabra *Universidad* se llenaba de significado. Y nosotros intuíamos que estábamos ante uno de sus últimos representantes. Hoy, a cien años de su nacimiento y ante el desolador panorama mundial de las ciencias del espíritu, sabemos que realmente lo fue. Y, por ello, su recuerdo, a casi veinticinco años de aquella despedida de 1977, pueda seguir siendo un caminar en compañía:

¿Sabes? Es una noche fría, de enero madrileño, con el cielo intentando formar copos de nieve. Pero dentro de unas horas amanecerá y los pájaros iniciarán su canto, y este aire de sierra se extenderá hasta rozar el calor del mar Mediterráneo. Es cuestión de poco tiempo. Hasta mañana, don Ángel. [Prieto, 1977].

En ese caminar «hasta mañana» de una despedida cotidiana y repetida, afrontamos la puesta al día de su herencia crítica más difundida: su *Historia de la Literatura Española*. Y deseo comenzar por un juicio sobre ella de su propio autor.

Cuando en marzo de 1970, en la entrevista concedida al diario *Ya*, ya aludida, a dos meses de su jubilación, le preguntan a Valbuena a qué se debía el éxito continuo de esa *Historia*, contestó don Ángel: «Porque es más humana que erudita». Y traigo aquí este juicio porque en la línea que marcan esas palabras deseo que las mías de ahora obedezcan a un mismo criterio. Quiero decir que mi intervención en este ciclo de homenaje que Murcia tributa a su obra y a su memoria espero que sea mucho más humana que erudita. Las ponencias que seguirán a la mía ya nos darán cumplidamente el perfil crítico de Valbuena Prat. E incluso, muy concretamente, la de Pozuelo Yvancos nos ilustrará sobre su aportación a la historiografía literaria española. Pero si ya les he hablado del don Ángel que conocimos quiero ahora comentar su *Historia* desde la perspectiva de lo que ella significó para mi generación. Y porque esa *Historia* como veremos, va íntimamente, subjetivamente unida al hombre Ángel Valbuena, que la *creó*, pero también la *recreó* a lo largo de cuarenta años de trayectoria vital.

¿Qué significó para nosotros, los jóvenes profesores de 1964, la presencia entre nosotros de Ángel Valbuena? Creo que casi ninguno le conocía personalmente (Antonio Prieto ha vuelto a recordar recientemente [1999] cómo le examinó en Murcia de examen de Estado). Ahora bien, para todos nosotros era una figura mítica, porque pertenecíamos a una generación que había aprendido a amar la ciencia literaria en sus páginas, tras rechazar la otra alternativa de que disponíamos: la *Historia de la Literatura Española* de Juan Hurtado y Ángel González Palencia -llamada familiarmente «el Juanito»- que en sus sucesivas ediciones desde 1921 ponía en nuestras manos un centón de datos biográficos, resúmenes de argumentos, listas de obras y fechas para memorizar. (Todavía un compañero de cátedra, hacia 1965, prestigioso biólogo, me confesaba que huyó para siempre del estudio de la Literatura cuando le suspendieron en el temible examen de Estado con que finalizaba el Bachillerato por no saber cómo se llamaba la abuela del marqués de Santillana. Pensó, no sin razón, que, en esa situación crítica, era más poética la biología. Porque la famosa doña Mencía fue, sin duda, muy importante, con su buena provisión de códices, en la formación del futuro escritor, pero su nombre, en sí, no lo estimaba realmente significativo. Eso sí, era dato, para los escolares de los 40 y 50, tan repetido como el oso que mató a Favila, aunque ni el oso ni doña Mencía pudiesen sospechar que habían de jugar un papel tan decisivo en el desarrollo de la historia literaria o en los avatares del reino astur-leonés).

En nuestra cordial relación con don Ángel, los profesores que entonces bordeábamos los treinta años aprendimos oralmente, día a día, una lección vital que ya habíamos intuido con anterioridad en las palabras impresas. Porque don Ángel nos «examinaba» cotidianamente con humor y socarronería, proponiéndonos enigmas, haciéndonos adivinar textos, atribuidos a Dios sabe qué escritor, que él había compuesto la noche anterior. Pero también nos emocionaba con su propia emoción cuando -a sus casi setenta años- nos confesaba su «redescubrimiento» casi extasiado ante un bellísimo endecasílabo de Lope que, también la noche anterior, le había traspasado el cerebro y hasta el alma. El amor a los textos, el vivificarlos, el hacerlos eternos en la sucesiva emoción de los nuevos receptores. La literatura viva que siempre habíamos bebido en sus páginas y que ahora aprendíamos como lección humanísima de sus propios labios. Y ante aquello, todo se justificaba. El encargo de sustituirle en clase sin tiempo para preparar una lección que él daba por hecho que todos sabían; el desorden caótico de su vida académica y probablemente también de la privada o, más allá del bien y del mal, porque a su edad, afirmaba, todo puede ya decirse, sus iconoclastas afirmaciones: San Juan era el autor de los tres o cuatro mejores poemas de la literatura española, pero el resto, incluida la prosa, no valía nada. ¿Novelas de caballería? Sólo se aguantan tres o cuatro... el resto, insufrible... Pero Lope, Calderón o Góngora salían resplandecientes, limpios, siempre jóvenes y nuevos de sus labios de anciano. Y sus palabras de enamorado de la poesía sedujeron a mi generación. Por ello escribió Prieto [1970] a propósito de su *Historia de la literatura*,

que muchos de nosotros en ella «hemos aprendido a caminar y a la que siempre se vuelve en busca de una nueva sorpresa. Se vuelve porque a diferencia de otros textos que encarcelan funerariamente la literatura entre los barrotes de unas fechas y unos datos, su obra está encendida por un dinamismo vital que origina en sí mismo un humanísimo «movimiento creador». Y añade poco después: «este vitalismo que emana de sus obras, subsumiendo en la vida las esquelas históricas y eruditas, arranca de su propio humanismo, haciendo vida la obra de los autores tratados, penetrándolos en sus desplazamientos de convivencia, en la que un Lope aparece explicado, justificado en sus ‘monstruosidades’ porque amó mucho, y un Cervantes está amado en su enorme generosidad de entrega».

Pero lo prodigioso es que estas palabras pudieron escribirse treinta y tres años después de aparecida la primera edición de la *Historia*. Y aún más prodigioso que ésta se escribiese individualmente, con un conocimiento directo de los textos -éste es su primer mérito- por un joven profesor de poco más de treinta años. Él alude a la fecha de 1936. Es indudable que se trata de la del final de su redacción, ya que los dos tomos de la obra aparecieron en la prestigiosa editorial Gustavo Gili en 1937 y 1600 páginas no se improvisan.

Recordemos en este punto que en los años treinta la editorial en que se lanzó la obra era, probablemente, la más prestigiosa del riquísimo panorama editorial de Barcelona y España. Un mercado editorial que, a lo largo de la segunda mitad del XIX, había creado las grandes empresas del libro: los hermanos Espasa, luego asociados con Salvat; Daniel Cortezo, editor de *La Regenta*; Pau Riera y su monumental *Quijote* con los grabados de Doré -que fijaron para siempre la iconografía de los personajes cervantinos- y que apareció en 1863, al mismo tiempo que la edición francesa; Montaner y Simón, los mismos Rivadeneira y Gaspar y Roig, ya conectados con el ámbito madrileño... Editores bibliófilos y expertos industriales que llevaron al arte de la impresión las grandes novedades técnicas y artísticas que convirtieron las artes gráficas del modernismo y el *art nouveau* en la Edad de Oro de la tipografía contemporánea.

Herederero de este panorama, Gustavo Gili Roig, nacido en 1869 y muerto en 1945, había fundado la editorial que llevó y sigue llevando su nombre, hoy dedicada preferentemente a temas de arte y arquitectura. Fue llamado en sus últimos años «el patriarca de los editores españoles», por su pericia, su acrisolada honradez y su bibliofilia. (Como dato curioso, señalaré que fue el primero en lanzar al mercado, en 1930, las felicitaciones navideñas o *christmas*.) Y figura en los catálogos de biblioteconomía como el poseedor de una biblioteca especializadas en bibliografía y artes gráficas única en la materia.

Supongo que Valbuena, desde que se instaló en su cátedra de Barcelona, no tardó en ponerse en contacto con ese digno colaborador para su proyecto. E intuía que sería su maestro Rubió i Lluch, el eminente medievalista, coetáneo de Gili, quien pudo poner en contacto al anciano editor con el joven catedrático de la Universidad. Y cuando vea la

luz la segunda edición de la *Historia*, en 1946, Valbuena aunará ambos nombres, hermanados por la proximidad en fechas de su muerte. Y escribe al frente de la dedicatoria del libro: «Al aparecer este segundo texto de mi *Historia de la literatura española* hago constar mi hondo sentimiento por la muerte del gran editor y bibliófilo don Gustavo Gili, cuya muerte reciente todos lamentamos. También hace unos años murió mi maestro don Antonio Rubió i Lluch y a cuya memoria envío mi cordial y fervoroso recuerdo».

Muerto Gili en 1945, Valbuena, ya en Murcia, estaría en plena reorganización de su *Historia*. Rubió había muerto, efectivamente, en 1937, tras la impresión de la primera edición de la obra. Pero creo que las palabras de esta dedicatoria de 1946, uniendo los nombres del editor y del maestro, son significativas de la cordialidad y comprensión que Valbuena encontró en esa figura realmente señera de la edición y la bibliofilia catalanas. En contraportada, la obra se convirtió, a lo largo de cuarenta años en título básico de la Editorial. El respeto hacia la figura de Valbuena Prat por parte de Gustavo Gili hijo, que siguió al frente de la Editorial y de quien recibimos a finales de los setenta el encargo de preparar una nueva edición, eran patentes en todo momento.

En la edición del 37, para terminar con el apartado de dedicatorias, la obra está dedicada como todas las sucesivas ediciones, a Ramón Menéndez Pidal y al aludido Rubió, a quienes llama «mis maestros». Pero, junto a ellos, «a todos mis alumnos de La Laguna, Barcelona y Cambridge». Luego, en sucesivas ediciones, estos alumnos van ampliando su origen geográfico: La Laguna, Río Piedras, Barcelona, Murcia, Jaca, Oxford, Liverpool... Y ese «a todos mis alumnos» se repetirá hasta la última edición.

La fecha de 1937, en plena guerra civil, no pudo facilitar, obviamente, la distribución normal del texto que, pienso, aunque no tengo constatación de ello, que se realizaría a partir del 39. Las reseñas de la obra realizadas por Allison Peers en 1938 y por Griswold Morley, ya en 1939 bien pudieran deberse a envíos personales de Valbuena a los dos hispanistas amigos. Pero no conozco ninguna reseña en revistas españolas en ese crítico año.

Pero la obra presentaba tal atractivo que la venta a partir del 39, terminada la guerra, tuvo que ser decisiva y se impuso una segunda edición corregida y aumentada en 1946 y ésta ya, ahora sí, con varias reseñas en revistas españolas. Allí, desde 1937, la literatura española se extendía a un ámbito comparatista<sup>2</sup>, con apelaciones contextuales

---

2. Leonardo Romero ha recordado recientemente: «Debe advertirse que en la práctica ignorancia que entonces se tenía en España de los progresos realizados por estudios comparatistas, Valbuena Prat, sin embargo, colaboraba en obras colectivas internacionales concebidas como instrumentos de trabajo útiles para la literatura comparada; recuérdese, por ejemplo, su contribución a la obra que dirigió Paul Van Tieghem bajo el título de *Répertoire chronologique des Litteratures Modernes* (París, Droz, 1935). (En «Entre 1899 y 1998: La historiografía de la Literatura Española, *Rilce*, 15, 1, p. 49, 1999). Ese enfoque comparatista lo desarrollaría ampliamente Valbuena en su *Literatura española en sus relaciones con la Universal* (Madrid, Susaeta, 1965), que fue, en su origen, el trabajo presentado para optar a la cátedra en Madrid el año anterior.



a los géneros medievales europeos o situando a Cervantes en una línea universal que enlaza los nombres de Stendhal, Dickens, Flaubert, Tolstoy, Sterne, Heine, Dostievski o Turgueniev. Lo contextual se extiende al arte, hermanado en ello con Emilio Orozco, como vocacionales catedráticos de arte ambos filólogos. Así, se servía del arte coetáneo para designar épocas literarias como «la literatura del gótico florido» o el «estilo plateresco» para denominar y, sobre todo, cualificar las etapas sucesivas del siglo XV. Denominaciones que no lograron cuajar -frente al término de «prelopistas» por primera vez utilizado y hoy aceptado-, pero que abrían un mundo de posibilidades de análisis crítico de gran modernidad que, al aplicar el método al estilo barroco en literatura y en arte -vuelvo a recordar a Orozco- lograban la fina percepción de las cualidades «arquitectónicas» de los sonetos gongorinos cuando aún no se hablaba en España de estructura ni de formalismo.

En ese trasvase a otras áreas del arte, porque la palabra poética se inscribe en un amplio y enriquecedor contexto, sorprendían sus apelaciones a la música -Falla, Esplá o Wagner- para explicar un texto. O sus recuerdos al cine, porque también, como Alberti, nació con él.

Tampoco el psicoanálisis le fue ajeno, y la valoración de María de Zayas y sus personajes a la luz de las teorías de Freud era sugerente, como el atisbo de una explicación de Lope, que va más allá del «unilateral» punto de vista freudiano, para recordar las teorías de Schopenhauer sobre la inquietud patológica de los nacidos de enlaces violentos.

«Por encima de todo me considero poeta», confesaba a los 70 años en la citada entrevista. Y como poeta supo titular algunos de sus capítulos o epígrafes que, de entrada, ya sugerían un contenido como «La muerte, la magia y la aventura caballerescas», el «Museo del discreto», aplicado a Calderón, o ese «Quevedo, el humanista barroco de los contrastes» que es definición y título a la vez.

En este capítulo de sugerencias creo que hay que destacar, ya en 1937, su dedicación entusiasta a lo coetáneo, como la más genuina expresión de una literatura viva, que no necesita para historiarse del paso del tiempo. Historiar lo coetáneo constituye un oxímoron porque actualidad se contraponen a Historia. Pero recordemos a un Pérez Galdós cuando escribía acerca de una historia *viva* y que, cuando algo que estimaba trascendente ocurría en las calles cogía su sombrero y se lanzaba a ellas comentando: «Vamos a presenciar la Historia de España». Valbuena convirtió continuamente la actualidad en Historia y a ello se deberían, como veremos, esas ediciones «aumentadas» de su obra. Y, desde luego, enjuiciar esa literatura viva es arriesgado. La tan citada falta de perspectiva es realmente verdad y Valbuena, en los últimos añadidos, intuimos que se equivocó muchas veces. Pero recordamos que la vida se equivoca y él siempre consideró su *Historia* como un ser vivo que seguía creciendo, madurando y envejeciendo con él, asumiendo por tanto todos los riesgos que ello suponía.

Por eso, y aquí no hubo equivocación histórica alguna, en la obra escrita en los años treinta aparecen ya los poetas que luego hemos denominado generación del 27, y el profesor Díez de Revenga hablara de su relación con ellos y de ese calificativo «del 27». Se analiza la obra de Diego, Lorca, Alberti, Guillén y Salinas, citando títulos que llegan hasta 1935, como *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, o 1936, como *las 13 bandas y 48 estrellas* de Alberti o el *Cántico* de Guillén. Y, naturalmente, se alude al acto inaugural del 27. Todo ello, recordémoslo, era la incorporación a la *Historia* de un texto anterior, realmente pionero: el breve panorama de *La poesía española contemporánea* de 1930. En este volumen se traza una semblanza del joven investigador, escrita por Concha Meléndez de la Universidad de Puerto Rico, donde se le califica de «escritor novecentista». (Él se consideraba del 27.) Y en ese breve volumen se dedican 60 páginas de sus 130 a analizar la obra lírica de esos compañeros de generación, bajo el título -capítulo IV y último- de «Las últimas tendencias». Y ese contemplar la actualidad será, repito, la pauta a seguir en las sucesivas ampliaciones de su *Historia* hasta 1968, última edición corregida y aumentada por él.

Pero en el paso de la edición del 37 a la segunda edición, corregida y aumentada del 46, conviene que nos detengamos porque, en Ángel Valbuena, creo que es imposible separar al hombre del crítico e historiador. Recordemos que en medio de ambas ediciones está la guerra civil como contexto histórico que determina en él dos hechos relevantes, uno externo y otro de índole espiritual. De una parte está su llamémosla «depuración» política, acusado, increíblemente, de neutralidad ante los acontecimientos. La pérdida de su cátedra de Barcelona y su decretado paso a la de Murcia supuso sin duda una etapa de estrecheces económicas, derivadas de una anómala situación administrativa -mantenida durante varios años- que motivó la venta de los derechos de autor de su *Historia de la Literatura*. Lógicamente no he tenido acceso al documento pero varios datos -que no es el caso de referir- prueban que, efectivamente, Valbuena vendió a la Editorial todos sus derechos de autor sobre la obra. El editor podía efectuar cuantas ediciones quisiera, se reservaba la decisión de pedir al autor que las revisara y sólo en el caso de una edición oficialmente «corregida y aumentada», Valbuena percibía un beneficio económico cuya cuantía y condiciones ignoro. Probablemente un tanto por ciento sobre lo añadido, porque ésta fue la fórmula que a nosotros se nos ofreció a finales de los 70 y por una anécdota que presencié, tan peregrina que no me resisto a contarla.

Un alumno de don Ángel de los primeros cursos se acerca a Entrambasaguas, profesor de la especialidad, y le pregunta qué *Historia de la Literatura* debe adquirir. Entrambasaguas contesta categórico: «La de don Ángel Valbuena». El alumno contesta: «Es que nos han dicho en clase que es muy mala». Entrambasaguas lanza un impropio demandando el nombre del autor de tal infamia y el alumno contesta: «Don Ángel Valbuena» y se retira. Ante nuestra estupefacción, el propio don Ángel nos confirma el

dato y añade: «Es que va a salir una nueva edición corregida y aumentada (se refería a la del 68) y como quiero que no compren la anterior, estoy haciendo contra-propaganda».

Toda esta situación creo que es suficientemente aclaratoria de la modestia económica del autor de la más vendida *Historia de la literatura* durante más de cuarenta años. Pero, frente a Zorrilla y su *Don Juan* -un caso similiar- Valbuena jamás renegó de su criatura y fue mimando y ampliando su obra, continuamente, hasta 1968, en un proceso del que pasaré a ocuparme.

Pero aludía hace un momento a otra circunstancia, de índole espiritual, relevante en la vida de Valbuena en esos años que van del 37 al 46. Él mismo alude a ello en un texto de 1940: *El sentido católico de la literatura española*. En él, en su último capítulo, «De la generación del 98 a la nueva catolicidad» estudia a Unamuno, Miró, D' Ors o Gerardo Diego pero confiesa que tras el «gran naufragio» de la contienda ha sentido «conmovidas las entrañas» por la iniquidad y «ha cristalizado en mi alma en vuelta plena y ferviente al mundo íntimo de la fe y al exterior de la liturgia de la Iglesia», y esa renovada fe «la he vivido en el libro de poemas al que he bautizado con el título resignado y esperanzador a la vez de *Dios sobre la muerte*». Éste apareció en Barcelona en 1938 y lo subtítulo «Soliloquio a través de una vida. 1914-1939». Se trata de una autobiografía espiritual en cinco apartados, con poemas escritos en gran parte durante la guerra, reveladores de la aludida transformación.

«¡Cuánto tiempo, Señor, que no te invoco!», escribe en una *Oración en tiempo de guerra civil*, firmado en Barcelona a noviembre del 37. O en marzo del 38: «¿Qué liturgia perdida aún resuena en mi espíritu? / ¿A qué vibrar de alas obedecen mis pies / cuando camino entre humo, tierra quemada, piedras partidas?», se pregunta en *Voz de paz en la guerra*, mientras añora una «nota celeste» de «arpas angélicas» que devuelva la armonía a un mundo destrozado. Una armonía que el poeta, en *De profundis*, encontrará o intentará recobrar en una dimensión religiosa de la vida:

¡Oh qué abismo de sombra cuando perdí tu voz!  
¡Qué suavidad de infancia cuando la recobré!

Valbuena se definía en 1970 como el prototipo de «homo religiosus» en definición de Unamuno. Pecador como Lope, también hombre barroco de contrastes como Quevedo, con momentos «de duda, de negación, de afirmación», pero trascendido desde 1937, al menos, de una honda inquietud religiosa que aparecerá en su obra. Porque no me estoy refiriendo sólo a un proceso interior. Creo que en Valbuena es impensable separar al crítico del hombre. Y no es sólo el volumen citado de *El sentido católico de la literatura española*. Junto a él hay que situar una gran *Antología de la poesía sacra española* que se publicó «el día 30 de mayo, octava de la solemnidad del Corpus Christi de este año de gracia de 1940». Magnífico colofón para un especialista en autos sacramentales. Y esa

antología que va de Berceo a Ridruejo, Panero, Rosales y Vivanco, se cierra con cuatro poemas de Ángel Valbuena Prat.

En la década de los cuarenta José Luis Hidalgo escribía a José Hierro que «Valbuena Prat cree, con nosotros, que la poesía, después de la guerra, debe tender a una mayor humanización, pero él le da una dirección religiosa».

Esa actitud vital se reflejará en la edición del 46, que introduce varios epígrafes reveladores: «Los poetas de tema sacro», «la literatura de religiosos», «los poetas de tema de guerra» y al analizar la lírica de Hidalgo, Hernández, Bleiberg, Alejandro Gaos o Leopoldo de Luis, desde las ediciones de 1957 en adelante titulará sus apartados «La poesía del dolor y de la angustia» y «De la muerte a la serenidad». Asimismo, en las ediciones de ese medio siglo escribirá aún, dominado por un existencialismo cristiano: «Al cerrarse este libro, terminando el 1956, no sólo precisa un capítulo para recoger lo que hay de interesante en la literatura española de los últimos años, ya por las fechas del 45 al 55, ya para incluir aspectos no suficientemente destacados en las páginas anteriores, sino para plantearnos las direcciones fundamentales o la razón de ser de las últimas generaciones. No es esto último lo más fácil. A pesar de lo tentador del tema *del medio siglo*, de la inquietud de una cultura, paralela de tragedias de guerras y postguerras, no abundan los motivos de crítica total más que en casos aislados [...] Y, sin embargo, pocos momentos son tan dados a la meditación como el presente. España y el Mundo han pasado una guerra y han pasado o pasan una postguerra. El pensamiento, las artes, se hincan en lo agónico o en lo desesperado. No es una actitud casual la de la filosofía existencialista. Tras la puerta cerrada de la náusea sin horizonte del penetrante Sartre, ya en la esperanza religiosa de la angustia agustiniana de Gabriel Marcel, ya en los influjos del pensamiento de Heidegger, del «sentimiento trágico» de Unamuno o de la viscosidad obsesionante de las novelas de Kafka -hoy de las más leídas- acecha el mismo monstruo o tienta el mismo demonio. La sublimación hacia un mundo religioso, la contracción desesperada y trágica, la obsesión por la tragedia dolorosa del tiempo, el realismo descarnado o alucinante, aparece en los mejores o por lo menos los más significativos casos del poema, el drama o la novela».

¿Escribe el historiador o está confesándose el hombre? Recordemos que él mismo calificó su *Historia* de humana y no erudita. Y como obra humana, trasunto de la vida -la de él y la de una literatura viva y, por lo tanto, en marcha-, Ángel Valbuena fue prosiguiendo, paralelamente a sus años y al transcurrir del tiempo, de su propio tiempo, una obra finalizada, provisionalmente al parecer, en 1936. Desde sus 36 años hasta su ancianidad, cuando acomete a finales de los sesenta la última edición corregida y ampliada de su *Historia de la Literatura*. A través de sus ocho ediciones la obra ha pasado de sus iniciales 1600 páginas a las 2920 de esa edición en cuatro tomos de 1968.

El proceso seguido en ese casi doblar el contenido inicial fue paulatino a lo largo de las ocho ediciones. Tras el empuje decisivo de la de 1946, con 2290 páginas, Valbuena

fue añadiendo texto y revisando el ya impreso en las sucesivas ediciones, aunque en éstas no figure la aclaración editorial de «corregida y aumentada». Así, la tercera edición (1949-50) ya se realizó en tres volúmenes pero la cuarta, quinta y sexta (de 1953 a 1960) también van añadiendo texto (la sexta, de 1960, tiene ya 2450 páginas). Y el proceso, a lo que he podido detectar, es siempre similar. Permanece inalterable el texto del 37, al que se le añaden algunas notas cronológicamente posteriores y algunos análisis de textos inexcusables, como el dedicado a las *jarchas*, ya en el texto del 68. (Con todo, la edición de 1937 es, sin duda, la más homogénea.)

Pero a partir del 27, es decir al llegar el momento de historiar una literatura en marcha, con autores en plena producción, comienza en cada edición el máximo proceso ampliatorio, en tres modalidades: rápidas síntesis de los nombres u obras nuevos; ampliación con análisis de obras recientes de autores ya tratados y capítulos finales, añadidos para recoger las últimas tendencias. Capítulos finales que se convierten en capítulos con numeración regular en las siguientes ediciones. Por ejemplo, el «Capítulo final» sobre «Los nuevos valores de la poesía» que se inicia con *Abril* de Luis Rosales, pasa a llamarse «La generación de 1935» en las ediciones de los 50. En éstas, ese «Capítulo final» se dedica a «Las letras españolas al mediar el siglo» que antecede en la del 68 al llamado «Capítulo penúltimo» titulado «Las letras españolas desde el mediar del siglo» al que siguen dos capítulos más a manera de «Apéndices», auténticos conglomerados de temas y autores diversos, sin encaje lógico en los capítulos siguientes.

Y es también, al historiar los contemporáneos donde Valbuena, paralelamente a las adiciones textuales, fue calificando los grupos y tendencias aceptando denominaciones establecidas. Así, por ejemplo, en las ediciones de los cincuenta -que, insisto, no figuran como «corregidas»- se han modificado los títulos de los capítulos 73 en adelante, denominando en dos de ellos «generación del 27» a los poetas que en las ediciones del 37 y el 46 figuraban como «Apogeo de la poesía pura» o, simplemente, «La nueva literatura». Y se añade una frase reveladora en el análisis de la obra de Dámaso Alonso: «[...] por el significado de su obra y cronología el mejor aglutinante de la generación del 27». Y como precedente de esa generación, se añade el capítulo 76, «De la transición al vanguardismo». Luego, los estudios donde aparecen Carmen Conde, Casona, Panero o Vivanco, sólo citados, algunos, en las síntesis aludidas que, curiosamente, no se suprimen, con lo cual nos encontramos en varios casos y en un mismo volumen con autores «anunciados» y luego «analizados» en páginas posteriores. El método último, referido a lo contemporáneo, era, ciertamente, caótico a la hora de completar un texto. Se corría el peligro de que un mismo autor apareciese en tres apartados distintos del mismo volumen.

Y con esta aclaración paso brevemente a comentar la novena y última edición de Valbuena, póstuma, aparecida en seis tomos en 1981-83, hoy tan agotada, en algunos de sus tomos, como todas las anteriores.

Cuando Gustavo Gili a finales de los setenta pensó en volver a editar el texto de Valbuena, preguntó a varios catedráticos de Filología de la Universidad de Barcelona sobre la conveniencia o no de esa reedición o dejar ya el viejo texto como un clásico de su fondo editorial. Al parecer la respuesta fue unánime: era interesante su relanzamiento porque, en muchísimos aspectos, conservaba toda su vigencia, pero necesitaba una puesta al día. Y también, al parecer, fue unánime la indicación de quién o quiénes estarían dispuestos a esa labor. Con esta indicación Gustavo Gili viajó a Madrid y se puso en contacto con Antonio Prieto y conmigo, como ya he indicado en líneas anteriores.

El texto de 1968 estaba conservado en película y, en consecuencia, no se podía tocar ni una sola palabra, porque no se iba a componer de nuevo. Se trataba de articularlo en varios volúmenes que tuvieran la suficiente autonomía para poder venderse por separado y de añadir a cada capítulo una *Addenda* que aportase lo que faltaba en el texto, a la luz de los últimos descubrimientos o los últimos análisis críticos. Así, Prieto prepararía los cuatro primeros volúmenes y yo me encargaría de la época contemporánea. Hasta el 27 no había problema. Pero el auténtico caos del sexto y último volumen, del 27 al 80, hacía imposible el sistema de una *Addenda*. Siguiendo el ejemplo del propio Valbuena, se trataba de una literatura *en marcha*, donde había mucho que añadir y mucho que reorganizar, en un texto homogéneo que ordenase lo añadido a lo largo de más de treinta años.

El editor, digno sucesor del viejo patriarca que lanzó la *Historia*, afirmó que las cosas había que hacerlas bien si se hacían, que el tomo sexto se compondría de nuevo, buscando una letra similar a la de las ediciones anteriores e imprimiendo en cursiva y con un cuerpo más pequeño los textos añadidos para señalar en todo momento ante el lector la autoría del capítulo, párrafo o línea impresos. Nos envió dos ejemplares del último tomo de la edición del 68, se desencuadernaron y el texto de sus páginas impares y pares, fue troceado, ordenado, clasificado y pegado en folios, al comienzo, en medio o al final de mi propio texto a máquina. Siempre naturalmente sin omitir nada pero añadiendo mucho en una labor de taracea donde las notas, por ejemplo, debieron ser reestructuradas casi en su totalidad. Pensemos que se trataba de añadir quince años de literatura viva.

No voy a cansarles a ustedes con la relación de mi trabajo. Yo escribía, intercalaba y pegaba como en un extraño *bricolage* intelectual. Cuando el texto fue analizado por un ordenador de la editorial, para calcular las partes correspondientes a don Ángel y a mí, resultó que había escrito unas 450 páginas de un volumen de 900. El trabajo duró dos años y hubo momentos en que llegué a dirigirme a don Ángel en voz alta, con gran hilaridad por parte de mi familia. Como me dijo más de un colega, con el trabajo de preparación podríamos haber escrito una *Historia de la Literatura* propia. Pero no nos arrepentimos. Hoy, en nuestra biblioteca, tenemos casi todas las ediciones de la *Historia* con un retrato de don Ángel. Es un honor para nosotros que la «nuestra» comparta el estante con ellas. Un estante que hoy es ya, definitivamente, *Historia*, porque su viejo

libro no va a volver a caminar. Pero es un clásico y, como Lope o Calderón, resucita cada vez que una mirada juvenil lo descubre.

Y en este año de la jubilación de Prieto y cercana la mía propia, recordamos insistentemente al viejo maestro. Su alegría, su humor, su generosidad y su saber. Por ello Prieto [1999] ha recordado su figura hace unos meses en un intento de recuperación. Y termino, en su nombre y en el mío, con esas palabras de nostalgia:

Valbuena murió en un día madrileño en el que yo estaba fuera. Ahora, creo que la universidad de Murcia le prepara un homenaje y bendito sea. Yo intuyo que Valbuena murió con su bondadosa sonrisa, sin deprecio por nada, con la esperanza de encontrar tras la muerte a sus amigos y discípulos, con los que hablar de historias y enigmas sin el acoso del viciado tiempo. Quizá porque recordara al Sócrates transmitido por Platón que se defendía de su condena a muerte preguntando: '¿Cuánto daría alguno de vosotros por estar junto a Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero?... Dialogar allí con ellos, estar en su compañía y examinarlos sería el colmo de la felicidad'. Tal vez mi nostalgia de Valbuena en esta mañana, pisando ya el dudoso júbilo de la jubilación, sea también un pobre intento de dialogar con el viejo maestro y aquellos con quienes él va platicando sin que el sol se ponga.

### **BIBLIOGRAFÍA CITADA**

- Martín Aguado, V., (1970): «Figuras españolas: Don Ángel Valbuena Prat» (en *Ya*, Madrid, de 1 de marzo).
- Antonio Prieto: (1970): «La jubilación del maestro» (en *Pueblo*, Madrid, de 27 de mayo).
- Antonio Prieto: (1977): «Hasta mañana, don Ángel» (en *Ya*, Madrid, de 15 de enero).
- Antonio Prieto: (1999): «Nostalgia de Valbuena Prat» (en *La Razón*, Madrid, de 27 de octubre).